

LOS PRIMEROS AÑOS

Puesto que considero deber de todo ser racional cuidar de su descendencia, me apena observar que la conjunción de razón y deber no ejerce una influencia tan poderosa en la conducta humana como la que ejerce el instinto en la creación de las bestias. La indolencia y una indiferencia desconsiderada ante todo, excepto la complacencia presente, hacen que muchas madres que puedan tener impulsos momentáneos de ternura desatiendan a sus hijos. Siguen un impulso placentero y nunca piensan que la razón debiera cultivar y gobernar esos instintos que llevamos enraizados para hacer agradable la senda del deber —ya que si no se gobiernan se desbocan— y acrecentar las pasiones que se afanan siempre por tomar posesión —me refiero a la vanidad y al amor propio.

La primera preocupación debe ser la de sentar la base de una buena constitución. La madre —salvo que haya razones de peso que se lo impidan— debería amamantar a sus hijos. La leche materna constituye el alimento adecuado y, durante algún tiempo, resulta suficiente. De adoptarse un método habitual de amamantar, esta tarea no resultaría en absoluto difícil. A los niños que se dejan al cuidado de niñeras ignorantes se les llena el estómago a rebosar con comida inadecuada, que se vuelve ácida y los incomoda sobremanera. Deberíamos tener especial cuidado de protegerlos en su tierna infancia del dolor físico, ya que sus mentes no pueden proporcionarles aún ningún entretenimiento que lo alivie. Los primeros años

de la vida de un niño son con frecuencia infelices por negligencia o por ignorancia. Los niños se quejan principalmente del estómago o del vientre, y estas quejas se deben generalmente a la calidad y cantidad de su comida.

El amamantamiento de un niño provoca asimismo una gran ternura; su situación de dependencia y desamparo provoca un afecto que puede calificarse de maternal. Yo incluso lo he sentido cuando he visto a una madre cumplir tal cometido, y opino que la ternura maternal emana a partes iguales de la costumbre y del instinto. Estoy convencida de que es posible adquirir el afecto de un padre por un hijo adoptado; por eso es necesario que una madre cumpla como tal, para provocar en sí misma un afecto racional por su descendencia.

Los niños diferencian desde muy temprana edad los modales de quienes los rodean. Resulta fácil distinguir al hijo de una persona distinguida si no se deja completamente al cuidado de la niñera. Estas mujeres son por supuesto ignorantes y, para mantener a un niño callado por un momento, les consienten todos sus pequeños caprichos. Muy pronto, el niño empieza a ser obstinado y a desear que se le complazca en todo. El modo habitual de actuar es acceder a veces al humor y contradecirlo en otras, según los dictados de un temperamento que no ha sido corregido. Esto es algo que el niño averigua antes de lo que pueda imaginarse y da lugar a un afecto carente de respeto. El único método viable de conseguir ambos es la uniformidad de la conducta. Una observancia inflexible de cualquier norma que se haya establecido hace que los niños se sientan cómodos y ahorra muchos problemas a la madre y a la niñera, ya que los niños no desafiarán con frecuencia si nunca han vencido. Estoy segura de que amarán y respetarán a una persona que los trate adecuadamente si otra persona no les consiente en exceso. En

una ocasión oí a un padre sensato decir que trataría a su hijo como a su caballo: primero lo convencería de que era su amo y luego, su amigo. Aun así no debe en ningún caso adoptarse un estilo de comportamiento rígido. Al contrario, me gustaría mencionar que sólo durante la infancia la felicidad de un ser humano depende completamente de otros, y amargar esos años con restricciones innecesarias es cruel. Para granjearse el afecto debe mostrarse afecto, y siempre deben darse pequeñas pruebas de él; no permita que parezcan debilidad: calarán hondo en la joven mente y provocarán sus inclinaciones más afales. Las turbulentas pasiones pueden contenerse hasta que empiece a fraguarse la razón.

Es también en los primeros años cuando se les enseña a hablar, y no sólo oyen tonterías, sino que esas tonterías se les cuentan en unos tonos tan ridículos y afectados que resultan desagradables; y, sin embargo, son los tonos que primero imita el niño y su manera inocente y juguetona los hace tolerables, cuando no agradables; pero más tarde no se aprecian tan fácilmente; más aún, muchas mujeres mantienen siempre el parloteo de su infancia y no se les olvida cecear cuando han aprendido a languidecer.

A los niños se les enseña la venganza y las mentiras en la mismísima cuna. Si se caen o se golpean la cabeza con cualquier cosa, se les pide para tranquilizarlos que devuelvan la herida y que extiendan sus manos para hacerlo. Cuando lloran o resultan molestos, se reprende al perro o al gato, o se llama al coco para que se los lleve, lo que sólo los aterroriza al principio, ya que pronto averiguan que la niñera no se refiere a nada con estas horribles amenazas. De hecho, descubren tan bien la falacia que he visto chiquillos que apenas podían hablar sin repetir los mismos trucos con su muñeca o el gato.

¿Cómo es, pues, posible, cuando la mente se ha disciplinado, conseguir que se cumplan los preceptos de verdad si los primeros ejemplos que han tenido los llevarían a practicar lo contrario?